

9-8-2020

De límites y asfixias: imposible vivir sin aire

José Antonio Michelena

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Michelena, José Antonio. 2020. De límites y asfixias: imposible vivir sin aire. *Revista Surco Sur*, Vol. 10: Iss. 13, 48-49.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.10.13.17>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol10/iss13/19>

This CRITERIO ATENTO is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

José Antonio Michelena

DE LÍMITES Y ASFIXIAS: IMPOSIBLE VIVIR SIN AIRE

*Las cosas no son como uno las ve, susurró Ramírez.
¿Tú crees que las cosas son como las ves,
tal cual, sin mayores problemas, sin preguntas?
No, dijo Harry Magaña,
siempre hay que hacer preguntas.
Correcto, dijo el policía de Tijuana.
Siempre hay que hacer preguntas,
y siempre hay que preguntarse
el porqué de nuestras propias preguntas.*

ROBERTO BOLAÑOS, 2666

¿Cómo llegará a formularse el año 2020 en los libros de historia? ¿Qué nominación recibirá este segmento de tiempo bajo la sombra de la Covid-19? Acaso el siglo XXI realmente comenzó en enero y los diecinueve años anteriores eran todavía el siglo XX.

En el tiempo transcurrido hasta hoy hemos vivido una experiencia inédita que ha variado nuestros ritmos y maneras de existir. Sin terapias salvadoras ni vacunas existentes aún, el SARS CoV-2 seguirá con su rastro indeseable hasta que la ciencia lo detenga, pero ya el mundo será otro, porque ya es otro. Así como el VIH/Sida, hace cuarenta años, cambió nuestras conductas hacia las relaciones sexuales, este virus ha modificado nuestras relaciones sociales, nuestro accionar en sociedad, y ha mostrado de manera enfática los rostros diversos de la condición humana.

He comenzado refiriéndome a la enfermedad que asola al mundo porque todo el relato del universo en estos seis meses ha estado girando sobre ese eje dramático; luego, las manifestaciones contra el racismo en Estados Unidos y en otras partes están bajo esa caja de resonancia.

Nunca como hasta ahora la sensación de vivir todos en una misma aldea ha sido tan notoria. Si un ciudadano chino contrajo un virus que en el mes siguiente estaba invadiendo el mundo, un afroamericano era asfixiado por un policía en Minneapolis y unas horas después el suceso viajaba por el orbe. Si el virus infectaba personas con mucha rapidez, el video de la asfixia inflamaba opiniones de manera acelerada, porque todos tenemos criterios —y posicionamientos— acerca del racismo, que son muy diversos, encontrados, y colisionan. En esos desencuentros han caído estatuas, símbolos de épocas pasadas, derribadas como válvula de escape de la ira.

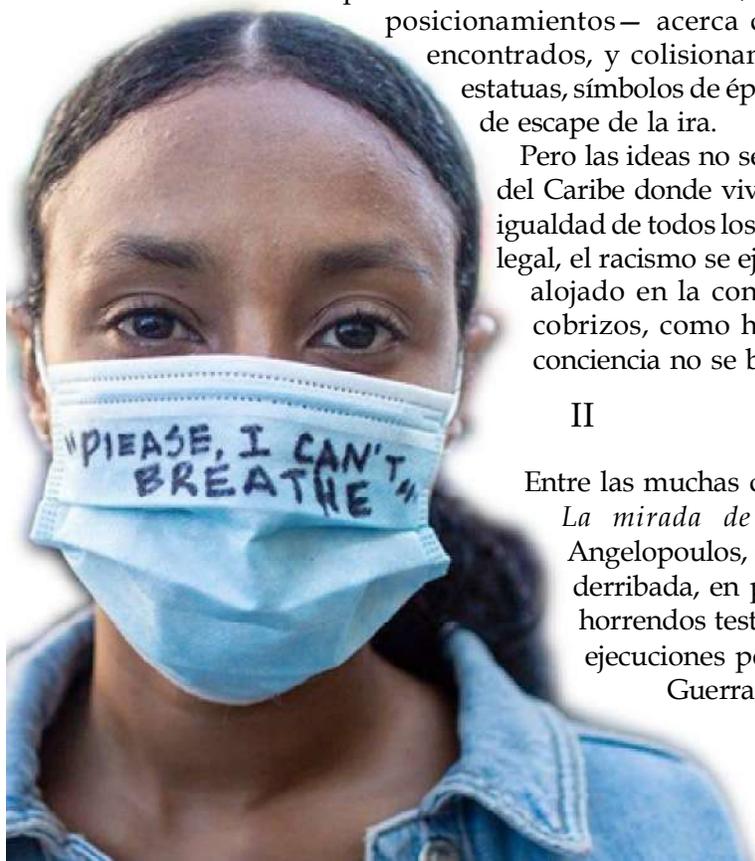
Pero las ideas no se derriban como las estatuas. En la isla del Caribe donde vivo, aún siendo una nación mestiza, y la igualdad de todos los ciudadanos esté instituida en el cuerpo legal, el racismo se ejerce, de muchas maneras, porque está alojado en la conciencia de blancos, negros, mulatos, cobrizos, como herencia cultural. Y lo que está en la conciencia no se borra como se desmonta una estatua.

II

Entre las muchas cosas que me impresionaron del filme *La mirada de Ulises* (1995), del griego Theo Angelopoulos, está esa monumental estatua de Lenin derribada, en posición horizontal, como también los horribles testimonios de la población civil sobre las ejecuciones por intolerancia religiosa y étnica en la Guerra de los Balcanes.

Cómo puede uno entender esos excesos. Cuando creíamos que una vez

Foto tomada de *Los Angeles Times*



superada la Guerra Fría el avance tecnológico permitiría alcanzar altos niveles de progreso y la riqueza llegaría a todos, las dos primeras Guerras del Golfo y las confrontaciones en una Europa que había sido dividida arbitraria e injustamente, comenzaron a mostrar otra realidad; en el milenio siguiente, con el 9/11 y la tercera Guerra del Golfo, entramos en una trama donde se confunden la intolerancia y el odio entre/hacia etnias, religiones, culturas, y las luchas entre grupos poder.

Pero si lo anterior es cierto para la aldea global, a escala de nación cada país tiene sus propios conflictos, muy diversos en materia de leyes y derechos, muy diferentes por la composición étnica y la cultura de la cual provienen, la sociedad que han construido, y el sistema social sobre el que se ha erigido el gobierno y el estado.

Ya sabemos que no todas las etnias y grupos sociales han disfrutado de las mismas oportunidades de desarrollo para su existencia. Quienes han tenido que lidiar con las desventajas por ser sunita o chiita; hinduista, budista, musulmán, judío, o cristiano; afro, árabe, asiático, indio, hispano, latino, en un país que discrimina lo diferente a su religión, ideología, etnia y cultura dominantes, no están libres de resentimiento y frustración. Que lo hayan soportado no quiere decir que lo acepten. En determinados momentos esa carga interior se potencia por un exceso, explota, y provoca actos de disidencia, desobediencia, guerras, que expresan el malestar acumulado, como muestra de que ya no se puede más, que se sobrepasó el límite.

No todos los grupos discriminados, en desventaja, pueden expresar su malestar con la misma intensidad y visibilidad porque no todas las sociedades lo permiten o toleran de la misma forma, por eso no siempre su grito es escuchado. No pocas veces carece de eco reproductor y viaja hacia el silencio.

No sabemos por cuánto tiempo permanecerá en la memoria colectiva la asfixia de George Floyd. Probablemente perdure porque sus frases de auxilio y el tiempo de su martirio se han convertido en metáfora, desencadenado acciones en un amplio espacio, y marcado a fuego la fecha para la historia.

Sin embargo, cuál ha sido y será la pervivencia de la imagen del padre salvadoreño y su niña abrazados, ambos muertos, a la orilla del Río Bravo, en su intento por llegar a la otra orilla para escapar de la asfixia en su país, hace un año. Y cuántas personas han muerto en los conflictos que tienen lugar en los múltiples escenarios de guerras y confrontaciones étnicas de las cuales apenas hay imágenes. Y cuántas vidas cegadas quedarán en la oscuridad de regímenes totalitarios, sociedades cerradas, estados fallidos, donde la intolerancia ideológica, o la corrupción política, lo encubre todo.

En una de las obras literarias más cautivantes del presente siglo, la novela *2666* de Roberto Bolaño, la infinita lista de feminicidios y los detalles de los asesinatos y las víctimas —en "La parte de los crímenes"— nos abruman y saturan de una manera tal que dejamos de prestarles atención. Es el recurso del escritor para significar el escaso valor que se le concede a la pérdida de vidas humanas, de mujeres, en una sociedad de alta violencia machista. Si el índice acusador señala estado y gobierno, nosotros, al mirar hacia otro lado, seguir de largo por agotamiento como lectores, reproducimos esa actitud, nos hacemos cómplices.

Hay demasiada ira y resentimiento contenidos en este mundo tan desigual donde tanta gente se asfixia. Como los más poderosos no escuchan; como muchos, en complicidad, se hacen los sordos, las multitudes seguirán gritando, clamando oxígeno: las minorías, los más pobres, los más humildes, los excluidos, los silenciados, los que disienten, los "otros", y los que sienten el dolor ajeno como propio; pero también los animales, y hasta los árboles. No se puede vivir sin aire.

